

Los *Cuentos hermosos de reír* de Yoná: tradición sefardí, tradición hispánica, tradición universal

José Manuel Pedrosa (Universidad de Alcalá de Henares)

Relatos breves, muy breves, frecuentemente de forma dialogada, que suelen concluir con una réplica aguda (o con una bobada), pero que en uno y otro caso producen (o intentan producir) efecto jocoso. La intención moral, frecuente en el apotegma, no siempre ausente del refrán, se borra por completo del cuentecillo.

Muchos cuentecillos debieron de referirse oralmente en tertulias, en corrillos de sobremesa, en veladas, durante paseos o caminatas. Muchos de ellos alcanzarían vida tradicional¹.

Ésta es la definición que Maxime Chevalier dio de los *cuentecillos* —muchas veces llamados también *chistes*— que circularon profusamente por la España de los Siglos de Oro y que dejaron su impronta en tantas obras literarias —mayores y menores— de la época. No es ésta, pese a estar aplicada a la literatura del Siglo de Oro español, una definición cronológica ni espacialmente estrecha ni limitada, puesto que serviría muy bien para caracterizar, en tantas tradiciones en las que existe —prácticamente en todas las del mundo—, el género narrativo del chiste. Género que conoce otras denominaciones, algunas tan objetivas como la de «cuento satírico» o «humorístico», y otras más castizas o locales, como la del «chascarrillo» español o la del *Schwank* alemán, que era la palabra que el norteamericano Stith Thompson, culminador del gran catálogo universal de los cuentos (*The Types of the Folktale*) que inició el finlandés Antti Aarne, prefería aplicar a este tipo de relatos. Relatos a los que, por cierto, también cuadra muy bien el precioso título —con su gracia e ingenuidad no exentas de ironía— de *Cuentos hermosos de reír* con que etiquetó sus relatos breves el más célebre editor y vendedor de pliegos sueltos que hubo en la comunidad sefardí de Salónica a finales del siglo XIX y comienzos del XX: Ya'acob Abraham Yoná.

¹ Cf. CHEVALIER 1997: IX-XXIV y XIV.

No es posible, en el limitado espacio de este artículo, hacer un análisis detallado de todo este repertorio. Sí que puede ser ésta una buena ocasión para dejar apuntadas al menos algunas fuentes, ciertos paralelos, determinadas vías de prospección y de estudio, que acaso puedan contribuir a la consideración de estos cuentecillos ingeniosos como hermosas, interesantes y valiosísimas obras literarias que, a despecho de su frívola y superficial apariencia, pueden ofrecernos datos cruciales sobre la literatura oral sefardí y sobre el nudo de fuentes y de tradiciones que se entrecruzan en él. Es obvio que lo que aquí va a quedar reflejado no es más que el fruto de una exploración muy rápida y parcial, pero puede que tenga al menos el valor pedagógico de desvelar y, por tanto, de invitar a que se explore el vasto y sugerente horizonte cultural que se esconde tras la gran mayoría de este tipo de relatos.

Veamos un primer caso. El del cuento núm. 22 de la colección sefardí de Yoná:

Dos compañeros estaban echados en la cama. A media noche, el uno lo llamó al otro:

— ¡Jac, Jac.

— ¿Qué quieres?

— ¿Durmiendo estás?

— ¿De qué preguntas?

— Te iba a demandar que me prestaras un meğidíe.

— Perdón, que estó durmiendo.

Comparémoslo con el cuentecillo núm. 21 de la *Primera Parte del Sobremesa y alivio de caminantes* que publicó el escritor e impresor Joan de Timoneda nada menos que en 1563 (su colección se reeditó, ampliada, en 1569):

Estando un vecino en casa de un compadre suyo, para amp[a]rarle un ducado, que tenía grandísima necesidad de él, y viendo que estaba recostado en una silla medio durmiendo, por ver si estaba despierto o no, dijo:

— Compadre, hacedme placer de dejarme un ducado, si no dormís.

Respondió:

— Duermo.

— Pues, ¿quién me responde?

Replicó:

— Vuestro descuido y mi provecho, pues no me volvistes otro que el otro día os presté².

² TIMONEDA / ARAGONÉS, ed. M.P. CUARTERO y M. CHEVALIER 1990: 216.

Este cuentecillo debía de ser tradicional en el Siglo de Oro español, porque hay documentada otra versión inserta en los *Diálogos de apacible entretenimiento* de Gaspar Lucas Hidalgo (1604). ¿Qué es lo que prueba su hallazgo en la Salónica sefardí de comienzos del siglo XX? ¿Que fue llevada al Oriente mediterráneo por los judíos expulsados de aquella España y que en aquel exilio pervivió durante siglos? Pues no exactamente, porque el género de los chistes es tan universal e inextricable como viajero, cambiante y escurridizo, y muy bien podría haber sucedido que este tipo de relato hubiese llegado al mundo sefardí a través de cualquier otra de las tradiciones –y fueron muchísimas– con las que los sefardíes tuvieron contacto e intercambio –occidentales y orientales, románicas, germánicas, eslavas, balcánicas, turcas, árabes–, dado que todas ellas han compartido, desde muy antiguo, un fondo común de relatos y de motivos folclóricos en que muy bien podría haber estado éste. El que en estos momentos sólo podamos aducir el paralelo español no es, ni mucho menos, prueba automática de que las raíces del chiste sefardí hayan de buscarse en la España de la época de la expulsión de los judíos y de la persecución de los conversos.

Refuerza esta conclusión el cuentecillo núm. 29 de la colección de Yoná:

Un personal bastante boracho llamó al médico que le curara un ojo que tenía muy malo. El médico, examinándolo, le dice: «Si querés quedar sin mácula, deḥéš de abandonar el vino».

—Južgad, señor doctor, si non ḥešo me muero, y yo amo más pedrer una ventana que una caša entera.

Comparémoslo en esta ocasión con el cuento núm. 37 del capítulo VIII de la Parte VI de la *Floresta española de apotegmas o sentencias, sabia y graciosamente dichas, de algunos españoles* publicada en 1574 por Melchor de Santa Cruz:

El doctor de Córdoba, en Toledo, aconsejaba a un borracho que tenía un ojo muy malo, que no bebiese vino, que le perdería. Respondió:

—Más quiero perder una ventana, que toda la casa³.

Sería fácil caer, una vez más, en la tentación de pensar que el cuentecillo sefardí procede por vía directa de la tradición española clásica en la que encuentra un paralelo tan llamativo y tan reconocible.

³ Ed. M. P. CUARTERO y M. CHEVALIER 1997: 191.

Pero no. Este viejísimo chiste cuenta con una historia literaria mucho más venerable y compleja, como demuestra el hecho de que otro paralelo, también muy reconocible, se halle documentado nada menos que entre los *Epigramas* del escritor latino —nacido en Bílbilis Augusta, muy cerca de la actual Calatayud, en la provincia de Zaragoza— Marco Valerio Marcial (ca. 38-ca. 103):

A AULO, SOBRE UN BEBEDOR BIZCO

Frige, un destacado bebedor, Aulo, era bizco de un ojo y legñoso del otro.

El médico Heras le decía: «cuidado con la bebida: si bebes vino, no verás ni torta».

Frige, riéndose, le dijo al ojo: «Hasta siempre».

Inmediatamente ordena que se le sirvan copas dobles y seguidas. ¿Preguntas por el final?

Frige bebe vino, el ojo veneno⁴.

Nos asomaremos a continuación a otro caso aún más interesante de cuentecillo sefardí relacionable no sólo con paralelos hispánicos viejos, sino también con paralelos multiculturales. Se trata del número 17 de la colección de Yoná:

A un caçalino le vino de París un cutico de maneras. Siendo tenía muchos amigos calía que diera un par a cada uno. Le demandó al vecino: «¿Qué modo haré por non dar nada a ninguno?».

«Si quieres mi consejo —le dice el vecino—, escóndelas y dirás que te las llevaron». El caçalino hizo el consejo del vecino y las guadró. A media noche entró el vecino y se las llevó. A la mañana, el caçalino las busca y non las topa, se fue ande el vecino a decirle que le llevaron las maneras. «¡Bravo! —dice el vecino—, ansí di a todos y non te demanda ningunos».

«Amigo —le dice el caçalino—, non es mentira, es verdad que me las robaron». A lo que le dice el vecino: «¿Non te acodras que yo te di este consejo?, y me lo diés a mí. Mira de engañar a otros».

A la fin, el caçalino quedó sin las maneras.

Comparémoslo con el cuento noveno de otra de las compilaciones cuentísticas de Joan de Timoneda, en este caso del *Buen Aviso* y *Porta-cuentos*, que vio la luz en 1564:

Un labrador llamado Juan Provecho, viendo que tenía de matar su puerco, tanteando que había de dar de él a todos los del lugar, y que

⁴ MARCIAL, ed. FERNÁNDEZ VALVERDE y RAMÍREZ DE VERGER 1997, VI:78.

cuasi no le quedaría nada, por respecto que con él habían hecho lo mismo, pidió de consejo al carnicero, que era su compadre, qué remedio se ternía para ello. El cual le dijo:

—Compadre, matad vuestro puerco y ponelde, después de muerto, en el patín, y de allí a dos días quitaréisle de allí, echando fama que os entraron por el corral y os le hurtaron.

Hecho el concierto, y puesto el puerco en el patín, luego la noche siguiente entró el carnicero por el corral y se llevó el puerco. El labrador, en la mañana, en hallarlo menos, salió a la plaza y, encontrando con el carnicero, dijo:

—Compadre, ¿no sabéis?, el puerco me han hurtado.

Respondió el carnicero:

—En verdad, compadre, tan disimuladamente lo decís, que no hay quien no lo crea.

—Digo que lo podéis creer por ésta que es cruz.

—Digo que os creo sin jurar, y así lo habéis de decir para ser creído.

Replicó el labrador, diciendo:

—Aunque os pese, me lo han hurtado.

Respondió el carnicero:

—Digo que me place. No riñamos por eso.

A cabo de tiempo, el postrer día que el carnicero hubo acabado de comer el puerco hurtado, yendo camino por una sendezuela, y su compadre el labrador, detrás, echóse un traque, sirviéndole de humo bajero, y, por burlarse de él, le dijo:

—Decime, compadre, ¿sentistes por jamás humos de vuestro puerco?

Diciendo que no, dijo el carnicero:

—Pues del puerco no tenéis rastro, no os matéis por él, que, por bien que trabajéis, compadre, no sentireis ya ningunos humos de él⁵.

Según el catálogo tipológico de AARNE y THOMPSON (1981), en el que ostenta el número 1792A, este cuento se ha documentado también en Suecia, Dinamarca, Irlanda, Francia, Cataluña, Holanda, Alemania, Italia, Serbocroacia, la Norteamérica anglófona y la Sudamérica hispanófona. Y no es ésta una lista exhaustiva. Lo cual indica que este cuento ha podido entrar a formar parte del repertorio sefardí no necesariamente a través de la rama hispánica, sino acaso también a través de cualquiera

⁵ TIMONEDA / ARAGONÉS, ed. M.P. CUARTERO y M. CHEVALIER 1990: 216.

de las otras con que los sefardíes hubieran podido estar en contacto. ¡Y fueron muchísimas...!

El caso es parecido, una vez más, al del cuento núm. 9 de la colección de Yoná:

Cinco mancebos de la escola de Venecia non llevaban ni una pará en el pecho. Entraron en una locanda, se subieron arriba, demandando a_comer, comieron y bebieron. En escapando el pranzo llamaron al mozo por pagarle.

El mozo del locandier trujo la nota en demandando 120 francos. Devista todos metieron la mano al pecho. Uno decía: «Yo vo a_pagar»; otro decía: «Yo vo a_pagar». Al cabo salió uno diciendo: «Haremos una coña: tomaremos al mozo y le taparemos los ojos y que venga aferarnos. A él que aferá, aquel que pague». Ansí fue, le ataron los ojos del mozo, y a uno uno se fueron bajando de la escalera, y el mozo quedó ahí arriba con los ojos tapados.

El locandier entendió que ya pagaron al mozo, los dejó ir, ma, viendo que el mozo está tadrando subió arriba y lo topa en un cantón con los ojos tapados y apalpando. Apena entró él a la udá que el mozo lo aferó por el brazo, gritando: «¡Ya te aferá a tí, tú vas a_pagar por todos!».

«¡Berbante! —le dice el locandier—, agora verás quién va a_pagar por todos». Devista lo desató, le dio una buena haftoná, le cobró el comer de los mancebos y lo aremató.

Estamos, otra vez, ante un relato sefardí que tiene paralelos perfectamente reconocibles en la tradición española. El que he elegido como ejemplo es, en esta ocasión, uno que fue recogido por Aurelio M. Espinosa en el pueblo de Mota del Marqués (Valladolid) en 1936:

Éstos eran cuatro estudiantes que se encontraban una vez sin dinero para cenar. Mientras iban por el camino, dijo uno de ellos:

—¿Cómo nos las arreglaríamos para comer?

—Pues verás —dijo otro—. En el próximo pueblo vamos a ir a una casa de comidas que yo conozco y que tiene un portal muy largo.

Arriba es donde despachan la comida.

Conque ya llegaron y subieron al comedor. Y llamaron al camarero y les dijo que qué querían. Y mandaron poner lo mejor que había. Conque ya, cuando terminaron, dijeron:

—Ahora sí que va a ser lo peor.

Y dijo entonces el que lo había llevado a ese lugar:

—Pues tenemos que armar una riña. Y cuando suba el camarero, como si nos quisiésemos matar.

Conque comenzaron a refr. Y subió el camarero y dijo:

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—Nada —dice el estudiante—. Éste se ha *empeñado* en que paga él. Y éste otro dice que lo paga él. Ya que todos queremos pagar, vamos a dejar que lo resuelva usted, si a usted le parece bien. A usted le vendamos los ojos y le damos unas cuantas vueltas en este cuarto. Y al que coja, aquél paga.

Conque le taparon los ojos y le dieron unas cuantas vueltas. y como tenían zapatos de goma, bajaron poco a poco sin que el camarero lo notara. Y al pasar por el portal la dijeron a la señora:

—Ahí queda el señor con la cuenta. ¡Que a usted la pase bien!

La mujer, al ver que tardaba su marido tanto, dice:

—¿Qué estará haciendo?

Y subió a ver. El marido, a tientas, andaba buscando a los estudiantes, pero no encontraba a ninguno. En ese momento entró la mujer. Y él, como oía las pisadas de la mujer, la abrazó fuertemente y gritó:

—¡Tú pagas!

—Pero, ¿qué haces, que estás así? —le dijo ella.

—¡Tú pagas, tú pagas!

Pero, ¿qué estás haciendo? Se han marchado los estudiantes y dices que yo pago.

—¡Que esos se han marchado, me vendaron, pues todos querían pagar y dijeron que el que yo cogiera, pagaría!

—Pues bien decías que yo pago. ¡Te la pegaron! ¡Sí, yo pago, yo!⁶

Nos encontramos, de nuevo, ante un cuento de amplísimo arraigo multicultural, como avala el hecho de que tenga el núm. 1526A en el catálogo tipológico de AARNE y THOMPSON (1981). Un antiguo *fabliau* francés, además de diversas versiones finlandesas, lituanas, españolas, francesas, checas, serbocroatas y griegas avalan su arraigo paneuropeo. Por su parte, Aurelio M. Espinosa, en su comentario crítico a la versión anterior, detalló muchas más versiones, incluidas algunas norteamericanas, filipinas y portuguesas, y llamó la atención sobre paralelos literarios en *El caballero de Illescas* de Lope de Vega, el *Buen Aviso* de Timoneda, y diversos entremeses catalanes del XVIII. En cualquier caso, el arraigo paneuropeo del chistecillo nos impide determinar con certeza hasta dónde llegan las raíces y de dónde fue tomada con precisión la versión sefardí.

⁶ Cf. ESPINOSA 1988: II, núm. 432.

El cuento 33 de la colección de Yoná es también muy revelador desde el punto de vista comparativo:

Un cierto zamarero se topaba indispuerto para morir. En estando en un esfueño de repoído, supeto se despertó con unos albores. Llamó a su hijo y le dijo: «Yo ya aribí a la hora de espartirme de este mundo. Te racomando una encomendanza, la cuala la deñes mantenerla, y es que yo vía en mi visión, que me se aparecía el güerco ñien vestido con un quirim de zamara de todos los pedazos que me tuve robado en toda mi vida, y por cada pedazo me iba mostrando las penas amargas que espero de somportar. Y en este intervalo vine de despertarme. Con esto, mi hijo, yo ya me prendí en esta red oscura, ma a ti te lo recomendo de acavidarte ñien de no aroñar y de caminar siempre con derechedad».

El zamarero ceró la conversación y se quedó dormido. En su mal maçal tuvo un punto de sudor y vino a poco a poco en sus fuerzas. Pasando un mes, empezó de nuevo a continuar en su lañor. Un día le truñeron un quirim a enzamarar muy hermoío. El zamarero, de uso, cortó un pedazo de zamara y se lo dio al hijo a guarar.

El hijo por aquea hora no habló, ma topando la hora el hijo de hablar, le dijo: «Siñor padre, ¿ya se olvidó cuando pasó el queyifisílic, que me encomendó que, si en cavío él moría, yo que no hiçiera el oficio de roño, que le mostraron en su esfueño las penas que deñía somportar, y agora esta es la paga que el Dio lo melecinó, va a haçer torna el roño?».

Respondió el padre a el hijo: «Mi hijo, esta sorte de zamara no haña en el quirim que me mostró el güerco. Y esto es lo que diçe el proverbio turco: «Jan chicar, ñuy chicmás».

Se trata de un cuento que está catalogado en el índice de AARNE y THOMPSON (1981) con el número 1574. No se conocen paralelos hispánicos ni casi de ninguna otra tradición —porque se trata de un cuento excepcionalmente raro—, excepto alguna del centro y del oriente europeos. Su documentación en la Salónica sefardí ha de saludarse, en consecuencia, como un auténtico acontecimiento, aunque lo escaso de sus paralelos nos impida siquiera hacer el ejercicio de imaginación de dónde podrían localizarse sus ancestros.

Por cierto, que los demás cuentos —como el 34 o el 38— sobre sastres ladrones y mal afamados que abundan en la colección sefardí,

pueden adscribirse, sin lugar a dudas, a una tradición paneuropea⁷ tan vieja y tan venerable como prueba el hecho de que William Shakespeare, en la canción que canta Yago en *Otelo* II:3, explotase el tópico:

Esteban fue rey ejemplar
y quiso ahorrar con su calzón.
Y por seis céntimos de más
al sastre puso de ladrón.
Su fama nunca tuvo igual,
mas tú eres de otra condición.
No tires tu viejo gabán,
que el lujo arruina la nación⁸.

En la España del XVIII, Fray Benito Jerónimo Feijoo consignaba también el refrán de

Cien Sastres, cien Molineros, y cien Texedores, hacen juntos
treientos ladrones⁹.

Y en la tradición sefardí tampoco han faltado refranes que afirman que

Sastre y kiurtchí, en el baño se roban¹⁰.

Conviene recordar que la mala fama de los sastres se ha asociado en Europa, durante siglos y siglos, a las burlas antisemitas, ya que existía la creencia –sustentada en muchas ocasiones por la realidad– de que muchos sastres eran judíos o conversos –en España, por ejemplo, el célebre poeta del siglo XV Antón de Montoro era sastre converso–. Por eso llama la atención que los cuentecillos sefardíes que se burlan o que atribuyen a los sastres la condición de ladrones no mencionen en absoluto su condición de judíos; y, sobre todo, que, en el cuento 38, el único sastre que es identificado con un judío de entre todos estos cuentos no sea precisamente el autor, sino, muy al contrario, la víctima inocente del robo.

La colección de cuentos sefardíes de Yoná atesora muchos más tópicos de larguísima tradición en la literatura hispánica y en la universal. Por ejemplo, la sátira contra los médicos, repetida en los cuentos

⁷ Sobre el tópico, véanse ESPINOSA 1946-1947: núm. 53; CABAL 1951: 173-185, s.v. *alfayate*; PEDROSA 1995a y 1995b.

⁸ SHAKESPEARE, ed. PUJANTE 1999: 100.

⁹ FEIJOO 1742-1760, III: 7.

¹⁰ DANON 1903: núm 252; *kiurtchí* 'peletero' (trc. *kürkçü*).

núms. 1, 28 y 29 y cultivadísima en muchos países a lo largo de los siglos, hasta el punto de que no hace mucho el gran escritor argentino Adolfo Bioy Casares evocaba la historia de «Fagon, médico de la casa real, [que] mataba a todos los príncipes. Luis XV sobrevivió porque lo ocultó la duquesa de Ventadour, para sustraerlo a los peligrosos cuidados del médico»¹¹. El cuento sefardí núm. 11, el del médico que impide al señor que coma una suculenta pieza de comida —que lógicamente acabará en el estómago del médico— no puede dejar de recordar, aunque sea lejanamente, el hilarante episodio de Sancho obligado a no comer por el inflexible galeno de la Ínsula Barataria, en el *Quijote* II:47:

El maestresala le llegó otro de otro manjar. Iba a probarle Sancho; pero, antes que llegase a él ni le gustase, ya la varilla había tocado en él, y un paje alzádole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo cual por Sancho, quedó suspenso, y, mirando a todos, preguntó si se había de comer aquella comida como juego de maeseccoral. A lo cual respondió el de la vara:

—No se ha de comer, señor gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras ínsulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico, y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los gobernadores della, y miro por su salud mucho más que por la mía, estudiando de noche y de día, y tanteando la complexión del gobernador, para acertar a curarle cuando cayere enfermo; y lo principal que hago es asistir a sus comidas y cenas, y a dejarle comer de lo que me parece que le conviene, y a quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago; y así, mandé quitar el plato de la fruta, por ser demasiado húmeda, y el plato del otro manjar también le mandé quitar, por ser demasiado caliente y tener muchas especies, que acrecientan la sed; y el que mucho bebe mata y consume el húmedo radical, donde consiste la vida...¹².

Otro cuento de resonancias cervantinas es el núm. 37 de la colección de Yoná:

Un cuento curioso que pasó en la tim̄ar-ḥane de los locos:

Un día, representándose el doctor por exáminar a los locos según de uso de cada día, un mancebico jóveno de alta familia rogándole al doctor que lo salvara, que ya estuvo bueno. El doctor, viendo su conversación tan justa que no mostraba ninguna cosa de loquedad, dio orden a que lo dejen caminar el día por el cortijo y un becleḡ mirán-

¹¹ BIOY CASARES 1997: 19.

¹² CERVANTES, ed. SEVILLA y REY HAZAS 1993: 907-908.

dolo qué modo se tiene que comportar y después de unos cuantos días darle la libertad de salir. El *ḥeclegí* pasando 10 días viéndolo bien comportarse, no estaba el *ḥeclegí* haciéndole mucho atención.

Un día, un cierto *ḥorecǵí* se topaba en el cortijo, esperando la hora de mezo jorno por vender, se durmió enriba del brazo. El dito loco topó de monasup con la navaja que tenía en la tabla, le cortó la cabeza del *ḥorecǵí*. El *ḥeclegí*, voltándose por examinar al loco, ¡cuálo fue su encantamiento de ver cortarle la cabeza del *ḥorecǵí*! Le dice al loco: «¿Qué hićites por la amor del Dio?». En su repuesta del loco, le dice al *ḥeclegí*: «¡Callado estate! Veremos en despertándose si va a endevinar ónde tiene la cabeza». Avista fue aferado el loco y metido de nuevo al *trombuc*, y el *ḥeclegí* en preño.

Este relato tiene un parecido indudable, sobre todo en su primera parte, con el célebre apólogo de *El loco sevillano* que insertó Cervantes en el primer capítulo de la Segunda Parte de *El Quijote*:

En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre a quien sus parientes habían puesto allí por falta de juicio. Era graduado en cánones por Osuna, pero aunque lo fuera por Salamanca, según opinión de muchos, no dejara de estar loco. Este tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento, se dio a entender que estaba cuerdo y en su entero juicio, y con esta imaginación escribió al arzobispo suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones le mandase sacar de aquella miseria en que vivía, pues por la misericordia de Dios había ya cobrado el juicio perdido, pero que sus parientes, por gozar de la parte de su hacienda, le tenían allí, y a pesar de la verdad querían que fuese loco hasta la muerte...¹³.

La extensión del relato de Cervantes impide su reproducción completa en estas páginas, aunque para nuestro propósito basta el resumen de que, cuando el loco ya tenía prácticamente convencidos a sus guardianes de su cordura y estaba a punto de ser liberado, pidió despedirse de sus compañeros de cautiverio. Uno de ellos se lamentó, envidioso, de aquel privilegio, y aseguró que, como él era en realidad Júpiter Tonante, en castigo por ello arrasaría Sevilla con sus rayos. El loco pretendidamente cuerdo contestó a aquello que, como él era Neptuno, sus aguas podrían apagar en seguida los fuegos que encendiese su compañero. Con lo cual se ganó muy justamente el retorno a su encierro en la casa de los locos.

¹³ CERVANTES, ed. SEVILLA y REY HAZAS 1993: 563.

El cuentecillo que insertó Cervantes en *El Quijote* era de raíz oral y ha sido documentado en diversas tradiciones folclóricas. El sefardí de Yoná se asemeja mucho a él, aunque plantea un final completamente diferente: el loco liberado del cuento sefardí revelará crudamente su enfermedad y obligará a que de nuevo se le encierre cuando corta la cabeza de otra persona. Pues bien, este desenlace, aunque se separe de la versión de Cervantes, no deja por ello de formar parte de un repertorio folclórico también muy tradicional, porque han sido recogidas, en muchas tradiciones del mundo, abundantes leyendas e historias sobre locos aficionados a cortar cabezas. Conozcamos un par de ellas recogidas como leyendas urbanas entre jóvenes de la periferia de Madrid:

Cuenta la leyenda que, en un antiguo pueblo no muy lejano, existió un loco, el cual todas las noches entraba a las casas para complacer su deseo, que era el de cortar las cabezas a todo ser humano. Una mujer, que oyó la noticia por la radio, temió por la seguridad de su familia, y se aseguró de que todo estaba en orden, por si intentaba entrar. Hablando con su perro, le dijo que, si todo iba bien, le chupara la mano. Por la noche no debió pasar nada, ya que notó cómo la chupaba; pero, por la mañana, al ir a la cocina, encontró colgadas las cabezas de toda su familia, incluso la de su perro, con un letrero que decía: «Los locos también sabemos chupar».

Una pareja iba en un coche por una autopista. De repente, se encontraron con muchos policías que les impedían el paso. Les preguntaron qué sucedía, y ellos les contestaron que se había escapado un loco de un manicomio cercano, y que no podían pasar. Ellos le dijeron que necesitaban pasar, porque les faltaba gasolina. La policía les dejó pasar con la condición de que volvieran rápidamente.

Cuando ya estaban llegando a la gasolinera, se les agotó la gasolina. El chico le dijo a su novia que él se iba a la gasolinera y que, pasara lo que pasara, no saliera del coche.

Pasado un rato, a la chica le extrañó que tardara tanto y, en ese momento, empezó a escuchar golpecitos, pero no veía a nadie, a pesar de que era una noche iluminada por la luna llena. Después de mucho rato escuchando golpes, no aguantó más y salió. Cuando salió, descubrió al psicópata con la cabeza del novio puesta, como una simple careta¹⁴.

Afortunadamente, no todos los cuentos sefardíes de Yoná son tan truculentos como el del loco que corta cabezas. La mayoría, como ya

¹⁴ Cf. PEDROSA / MORATALLA 2002: 204 y 206.

hemos podido comprobar, son abiertamente satíricos y humorísticos, y a las ironías y burlas que ya hemos ido desgranando —contra los médicos, los sastres, etc.— se les pueden sumar muchas más: por ejemplo, las que se dirigen contra los borrachos, los tacaños, las suegras o los ladrones de diversa especie —como la lechera del cuento núm. 8, que entrega un cántaro lleno de agua porque se le ha olvidado mezclarla con leche— que circulan por aquí y por allá dentro de esta colección de chascarrillos.

Entre los poquísimos relatos que abordan cuestiones de carácter «serio» tienen gran interés los cuentos núms. 39 y 54, acerca de un rico que construyó una escuela que él quería que perpetuase su nombre, y de un pobre —cuya petición de limosna había sido rechazada antes por el rico— que quemó el edificio para que también su nombre fuese recordado. La anécdota no puede dejar de recordar la que protagonizó el infame —aunque afamado— Eratóstenes, quien quemó el célebre templo de Artemisa en Éfeso —considerado como una de las siete maravillas del mundo antiguo— para que su nombre no fuese olvidado jamás. Aunque los ciudadanos de Éfeso decidieron no pronunciar jamás su nombre, para que el pirómano no viese cumplido su propósito de perpetuar su memoria, alguna indiscreción hizo que cumpliera los objetivos de su crimen.

Pero el cuento «serio» más importante de la colección sefardí de Yoná es, sin duda, el núm. 15, que llega a alcanzar tonos y tintes auténticamente truculentos:

Tres ladrones robaron una bolsa de moneda en el camino y de mucho gusto quijeron comer. Mandaron al uno que mercara vino por beber a la salud de la bolsa. El uno, indo por el camino, diçe entre sí: «Si yo tomo agora el vino y echo tósego adientro, seguro que me queda la bolsa entera para mí». Ansí hizo, tomó el vino y echó tósego y se metió a camino.

Los otros dos quedaron ahí esperando. El uno le diçe al otro: «¿Por qué que le demos parte a éste? Non mos va a quedar nada para moñotros. Con esto, agora, cuando viene con el vino mos echamos enriña de él y lo matamos».

Ansí fue: viniendo el hombre del vino, se le echaron enriña y lo mataron y se asentaron a beber el vino entosegado con mucho gusto. Escapando de beber, se murieron todos dos, y quedaron los dos entosegados y el otro matado, y la bolsa quedó sin patrón.

El que la tiene demenester, que vaya a tomarla.

Este cuento de ambiciones y de crímenes desmedidos es, en realidad, una hermosa recreación del tipo cuentístico que tiene el núm. 763

del gran catálogo universal de Antti AARNE (1981). He aquí un resumen típico:

Los hombres que encuentran un tesoro y se matan el uno al otro: Dos (tres) hombres encuentran un tesoro. Uno de ellos echa veneno a escondidas en el vino del otro. Pero el otro le mata, bebe el vino y muere¹⁵.

Según AARNE y THOMPSON (1981), el cuento ha sido documentado en las tradiciones orales de Lituania, Laponia, Suecia, Dinamarca, Alemania, Irlanda, Italia, Chequia, Eslovenia, Rusia, India, China, Corea, Norteamérica, Brasil, África y diversos países árabes. A estas tradiciones se pueden añadir muchas más¹⁶: algunas indias, persas, árabes, italianas, etc.¹⁷, muchas judías¹⁸ y árabes¹⁹, una danesa²⁰, y diversas hispánicas que yo he analizado en los dos estudios que hasta el momento he dedicado a este tipo de cuento²¹. Su recreación más conocida —y quizás la más impresionante— sigue siendo la que Geoffrey Chaucer elaboró en el célebre *Pardoner's Tale* (*Cuento del vendedor de bulas*) de los *Canterbury Tales* (*Cuentos de Canterbury*), a finales del siglo XIV. Pero antes había sido utilizado como ejemplo moral por San Jerónimo, y después por San Vicente Ferrer. Y, a lo largo de la historia, inspiró y fue el modelo de un cuento portugués inserto en el *Orto do esposo*, también de finales del XIV o comienzos del XV; de una poética recreación del *meistersinger* alemán del siglo XVI Hans Sachs; de una versión inglesa reelaborada en *La historia de las serpientes* (*The History of Serpents*), publicada en 1608 por Edward Topsel; del célebre cuento que lleva el título de «El *ankus* del rey» en *The Second Jungle Book* (*El segundo Libro de la Selva*), publicado por Rudyard Kipling en 1895; de sendos cuentos del portugués Eça de Queiroz o del español Max Aub; y hasta de la gran obra maestra de William Faulkner y de la literatura norteamericana: *The Hamlet* (*El villorio*)...

¹⁵ Traduzco el resumen de THOMPSON (1955-1958: núm. K1685). El resumen de AARNE / THOMPSON (1953 : núm. 763) es ligeramente diferente: «Los hombres que encuentran un tesoro y se matan el uno al otro: dos cazadores encuentran un tesoro. Uno de ellos echa veneno en el vino del otro, pero el otro le mata, bebe el vino y muere».

¹⁶ Véanse diversos estudios detallados acerca del cuento en FAULKNER 1973.

¹⁷ Cf. BASSET 1899: 438-440., núm. CCXXXVII.

¹⁸ Cf. CROSSAN 1979: 41 y 58-59.

¹⁹ Cf. EL-SHAMY 1995: núm. K1685 [AT 763].

²⁰ Cf. JOHANSEN 1991: 224.

²¹ Cf. PEDROSA 1998, y PEDROSA 2000.

Entre tantas, la versión que vamos a elegir como referencia comparativa de la sefardí es la que elaboró el gran *meistersinger* alemán Hans Sachs (1494-1576):

Un ermitaño encontró en un bosque
un gran tesoro en un tronco,
del que huyó en seguida;
volvió en seguida y miró;
luego volvió a huir de él.
Tres asesinos vieron ese tronco,
vinieron y le preguntaron por qué había huido.
Él respondió: «En ese tronco he visto la muerte».
Lo mataron porque
creían que los engañaba.
Los mismos, los tres, volvieron al tronco
en donde habían visto el tesoro.
Cogieron el oro y mandaron
a uno de ellos a la ciudad
para que comprase pan y vino;
él se fue cuando ya era tarde.
En cuanto se hubo ido, los otros dos se dijeron:
«Cuando nuestro compañero traiga el pan y el vino,
lo mataremos entre los dos
a escondidas;
así nos quedaremos con el oro
y nos lo repartiremos».
Así lo decidieron entre los dos.
Cuando el tercero trajo el vino y el pan
viniendo de la ciudad,
puso veneno en las botellas
para que los otros se muriesen
en cuanto bebiesen el vino
para quedarse él con el tesoro.
Cuando llegó al bosque,
los otros dos lo asesinaron
y, un poco alejados de la calle,
lo echaron en un agujero
y lo cubrieron con ramas.
Luego se fueron de allí.
Y estando sentados al lado del tesoro,
tomaron el pan y el vino,
bebieron y comieron contentos,
sabiendo que se repartirían el oro
después de comer.
En cuanto bebieron de las botellas
el veneno surtió efecto,

de manera que ambos cayeron al suelo
y murieron teniendo
el tesoro en sus manos.
Así pues, no era un engaño.
La historia sobre la muerte en el tronco,
pues los cuatro murieron.
Por ello dice Salomón que la riqueza
a menudo trae desgracias a quien la toca.
La riqueza provoca muchas desgracias
y por ella perecen muchos²².

Finalizamos aquí este breve pero muy intenso recorrido tras las fuentes, paralelos y recreaciones multilingüísticas y pluriculturales de esta colección de cuentecillos sefardíes que, pese a la frívola, modesta e insustancial apariencia de muchos de sus ejemplos, ha acabado revelándose como un auténtico, interesantísimo y muy valioso crisol de influencias, de tópicos y de motivos de la mejor literatura. Es decir, como lo que siempre fue, al menos hasta la época en que la dejó reflejada en sus pliegos y folletos el benemérito Yoná, la tradición cultural y literaria de los sefardíes.

²² Traduzco de SACHS (1870: 225-226, núm. 106). Agradezco la ayuda en la traducción a Luis Calvo Salgado. Sobre los paralelismos entre los cuentos de Chaucer y Sachs, véase HART (1911-1912: 17-22).